

## LA CONVERSACION ESPIRITUAL Y EL DIÁLOGO DE LA RECONCILIACION SACRAMENTAL\*

Podemos decir sin demasiado temor a equivocarnos que, para gran parte de las personas llamadas "consagradas", la recepción del sacramento de la penitencia se sitúa en la medida de lo posible en un contexto de dirección espiritual. Si consideramos de manera más general la práctica de la confesión, reconoceremos que muy a menudo implica una conversación pastoral al alcance de las personas más simples, de aquellos y de aquellas que casi no tienen tiempo ni medios para encontrar un consejero particular. El creciente menosprecio por el sacramento de la penitencia ha privado a muchos "pobres" de esta ayuda tan discretamente y tan misericordiosamente puesta a su servicio. Esperamos que la Exhortación post-sinodal *Reconciliatio et paenitentia*<sup>1</sup> de Juan Pablo II (Adviento 1984) avivará dentro del pueblo de Dios, tanto entre los fieles como entre los pastores, el deseo de acoger la palabra liberadora del Padre en su dimensión sacramental.

Entre las dos formas ordinarias del sacramento de la penitencia, es la primera, la confesión individual, la que proporciona una más amplia posibilidad de dirección espiritual: "Gracias a su índole individual la primera forma de celebración permite asociar el sacramento de la Penitencia a algo distinto, pero conciliable con ello: me refiero a la *dirección espiritual*". (RP 32). El Papa enumera las diversas razones que llevan a los cristianos a preferir ese tipo de celebración: "una necesidad de reconciliación personal y de readmisión a la amistad con Dios, obteniendo la gracia perdida a causa del pecado; una necesidad de verificación del camino espiritual y, a veces, de un discernimiento vocacional más preciso; otras muchas veces una necesidad y deseo de salir de un estado de apatía espiritual y de crisis religiosa". (*ibid.*).

Quisiéramos mostrar cuán importante es, según nuestra opinión, señalar la distinción entre el diálogo de dirección espiritual y el que implica propiamente el sacramento de la penitencia; seguidamente intentaremos situar estos diferentes diálogos en su unidad profunda dentro de la historia de la salvación porque se inscriben en ella jalonándola y significan una plenitud de redención humana y divina que Dios concede sin cesar al mundo.

\* De *Vie consacrée*, 1985, nº 4.

1. Exhortación del 2 de diciembre de 1984; cf. *Oss. Rom.* 16 dic. 1984. Remitiremos a ella mediante la "sigla" RP seguida por el número del párrafo.

## El paso de la conversación espiritual al diálogo de la confesión

La conversación espiritual gana al ser distinguida de la recepción del sacramento, donde esto es posible, lo que no siempre es el caso. Piénsese por ejemplo en los confesonarios clásicos donde el diálogo sacramental es introducido automáticamente a partir de la apertura de la celosía. Pero, como el uso de confesonarios tiende a hacerse raro y como se otorga una clara preferencia, sobre todo por parte de los jóvenes a una conversación donde se habla frente a frente, a plena luz, es muy natural que el encuentro comience por una conversación que ordinariamente se sabe que desembocará en una confesión. Evidentemente no se trata de cualquier conversación, sino precisamente de esa entrevista específica y privilegiada que Fenelón, director incomparable, recomendaba en alguna parte con estos términos: "Le haría falta conversar un poco con alguien que tuviera un verdadero fondo de gracia para el interior. No es necesario que sea una persona perfecta ni que tenga una conducta superior a la suya. Bastaría con que usted converse con suma simplicidad con alguna persona bien alejada de todo razonamiento y de toda curiosidad. Usted le abriría su corazón para ejercitarse en la simplicidad y para agrandarlo. Esa persona lo consolaría, lo nutriría, lo desarrollaría (explicaría, es la misma palabra) a sus propios ojos y le diría sus verdades. Por medio de esas conversaciones, uno se vuelve menos altanero, menos seco, menos cerrado, más manejable en manos de Dios".

Esta aproximación tan típicamente feneloniana a la dirección espiritual no agota evidentemente su noción, pero tiene la ventaja de poner el acento en la confianza mutua que supone esa conversación, así como en la humildad fundamental y que progresivamente se profundiza de aquel que abre su corazón, como por lo demás de aquel que escucha "sin razonamiento ni curiosidad". Precisamente es esa actitud de discreción, de apartamiento y de humildad lo que permitirá que la conversación espiritual se convierta en diálogo de penitencia o de reconciliación. Para lograr sincerarse, el hombre moderno, tan solapadamente agredido, tiene una inmensa necesidad de ser tranquilizado: tiene miedo una vez más y siempre de ser manipulado, sobre todo si reconoce sus debilidades y sus faltas. Una conversación que haga renacer la confianza es cada vez más indispensable para quien quisiera volver a aprender a confesarse en la alegría y en la paz.

### *La confesión, paso a otro plano.*

Sin embargo puede ocurrir que los interlocutores se queden en el único nivel de la conversación espiritual benéfica y liberadora, sin llegar a la confesión. Esta última nos hace pasar a un plano, totalmente diferente, el del sacramento. En ese momento los interlocutores del diálogo se convierten en "penitente" y "confesor"; ambos dan lugar a la presencia de Jesús. Propiamente hablando, ya no están simplemente uno frente a otro; misteriosamente, Jesús está allí, en medio de ellos. El antiguo confesonario, con el anonimato que favorecía y con el carácter relativamente impersonal que daba al papel del sacerdote, acentuaba esta nota de misterio. A los ojos de la fe, la penumbra permitía discernir la única luz, Jesús que brilla en el in-

terior de nuestras tinieblas (cfr. 2 Co 4,6). Por lo demás, ya sea en la noche o a plena luz, es preciso que Jesús crezca y que disminuyan el "penitente" y el "confesor" con lo que los contra-distingue a uno de otro. Prestemos atención al diálogo que abre la celebración de la penitencia. El confesor anuncia que se dispone a escuchar hablar a Jesús: "Que el mismo Señor Jesús esté en tu corazón y en tus labios para que verdaderamente puedas confesarte bien". Mas también se escuchará declarar al penitente que reconoce en el sacerdote la presencia de Jesucristo. En un sentido en el sacramento de la penitencia ya no hay más que la única y sola palabra de Dios que va y viene del penitente al confesor y del confesor al penitente. Ya no hay más que la única presencia del Verbo, Cordero que lleva los pecados del mundo y que muere por ellos, pero Cordero inmolado que resucita y nos merece la vida en plenitud, vida que participa de la suya hasta el punto que podemos decir: "No vivo yo, sino que es Jesús quien vive en mí" (Ga 2,20). En el sacramento de la penitencia esta frase de san Pablo puede leerse en plural: No vivimos nosotros sino que es Jesús quien vive en nosotros. En Jesús, el penitente y el confesor se encuentran místicamente unidos.

### *Un signo que nos envía Dios.*

El sacramento de la penitencia es un gran signo que Dios nos envía y que hay que acoger con espíritu de niño. ¿Es bien seguro que aceptamos ese signo? No tenemos por lo demás un gran deseo de obtenerlo. Juega en nosotros el reflejo de Acáz: "No pediré una señal, no tentaré al Señor" (Is 7,12). No obstante, el Señor nos la da. Quizás la misma exhortación *Reconciliatio et paenitentia* hace el papel de señal dada a nuestro tiempo que, sin darse cuenta demasiado, la necesita mucho.

¿Qué dice ese signo? Que Dios, y únicamente Dios, nos libra, nos libera, nos perdona. Pero justamente a nuestro mundo no le gusta ese lenguaje. Presenta un carácter "babélico", como lo nota Juan-Pablo II (RP 13). Y sin embargo el ambicioso proyecto de construir en Babel una torre altísima estaba condenado al fracaso, "porque los hombres habían puesto como señal y garantía de la deseada unidad solamente una obra de sus manos olvidando la acción del Señor. Habían optado por la sola dimensión horizontal del trabajo y de la vida social, no prestando atención a aquella vertical con la que se hubieran encontrado enraizados en Dios, su Creador y Señor, y orientados hacia El como fin último de su camino" (*ibid.*).

¡Que se nos conceda la gracia de ver el signo! La recepción del sacramento de la reconciliación está bañado de un clima de contemplación. Sólo ella ayuda a ver cómo Dios nos hace pasar de las tinieblas a su admirable luz a través de los signos de la confesión, de la contrición, de la absolución, de la "penitencia" aceptada. El sacramento no nos repliega sobre nosotros mismos sino que, muy por el contrario, nos compromete en una liberación que no está en nuestro poder ni proyectar, ni prever, ni llevar a término. Una mística flamenca anónima del siglo XVI, siguiendo a san Agustín, describía la Eucaristía como la unión nupcial de los miembros con su cabeza: "Jesús se recibe a sí mismo", escribía. Análogamente, podemos decir lo mismo del sacramento de la penitencia: los miembros muertos o enfermos ocasionaron la muerte de la cabeza que había querido unirlos con él, pero, por

esa misma unión en la muerte con Jesús, es con él como resucitan y como viven. Aquí también Jesús está de manera absoluta en el centro del misterio.

La conversación espiritual indudablemente es capaz de hablar de todo esto, pero nunca lleva en sí la garantía del signo dado por Dios; el sacramento, y únicamente él, manifiesta y realiza al mismo tiempo lo que significa: la liberación del hombre como obra de Dios, liberación que alcanza a las raíces más profundas del ser, donde solamente Dios penetra. Pero la conversación espiritual prepara maravillosamente, para recibir la penitencia, en la medida en que los interlocutores se han dejado conducir verdaderamente por el Espíritu y progresivamente se han desprendido de una aproximación que sería una simple puesta en práctica de técnicas puramente científicas y psicológicas. Esto sea dicho sin arrojar la menor sospecha sobre métodos que pueden ser de gran utilidad, y a veces de absoluta necesidad, para desanudar situaciones humanas inextricables. Mas, las mismas raramente preparan para la confesión. Por otra parte, de ninguna manera es su objetivo ni su intención.

### *Señalar el paso.*

¿Cómo señalar el paso de la dirección espiritual al sacramento? Normalmente la conversación espiritual ha pacificado al alma y la ha vuelto más sensible a las más delicadas mociones del Espíritu que la dilatan, pero también, porque emanan del Espíritu, le revelan dolorosamente lo que le falta de verdad. A la luz del Espíritu, no hay mentira, no hay escapatoria. Es posible entonces que, movido por ese Espíritu, el dirigido pida confesarse. Es un momento de gran gracia, pero exige cierto tacto pastoral. Es preciso marcar bien el umbral que señala el paso de la conversación al sacramento y que el mismo con todo no cree inquietud o molestia, ni se experimente como una ruptura demasiado brusca con lo que le ha precedido.

Algunas sugerencias. El visitante puede cambiar de lugar, arrodillarse en un *prie-dieu* o —el gesto es muy hermoso, muy expresivo de humildad— preferirá el banquito de la oración. O bien optará simplemente por sentarse sobre sus talones. El sacerdote deja hacer; es importante que el penitente esté bien cómodo y que el sacerdote se sienta verdaderamente libre. Sin extravagancia sin embargo, ni excentricidad. A veces será mejor que se quede tranquilamente sentado donde estaba. El confesor podrá ponerse una hermosa estola, eventualmente colocar uno de sus extremos en la espalda del penitente (como se practica en las Iglesias de Oriente); nada impide que se ubique junto con su penitente frente a un ícono o a un crucifijo. A veces basta con dejar pasar un momento de silencio y de recogimiento entre la conversación y la confesión. El nuevo ritual prevé la lectura de un pasaje de la Sagrada Escritura que meditarán juntos. Sobre todo, el sacerdote —y esto tiene para mí gran importancia— anunciará con qué espíritu se dispone a escuchar la confesión: va a acoger las palabras de la confesión como palabras de Cristo. Por su parte, el penitente proclamará su fe en el hecho de que el sacerdote obra *in persona Christi*. Más ampliamente: nunca se descuidará la dimensión eclesial de la penitencia: toda la Iglesia está presente allí, tanto en el confesor como en

el penitente, aunque con diferentes títulos. Diríamos que es la Iglesia que acoge a la Iglesia, así como Jesús acoge y levanta a Jesús, de la misma manera que en la Eucaristía Jesús recibe a Jesús. Un joven obrero —panadero de profesión— a quien explicaba este misterio, exclamó encantado (nunca olvidaré su expresión): “Entonces ¡es Jesús quien, con mis labios, deletrea mis faltas... Y es el mismo Jesús quien, con los labios del sacerdote, me las quita!” El nuevo ritual ha vuelto a introducir la antiquísima imposición de manos. No vemos bien cómo podría realizarse todo esto en un confesionario de tipo tradicional.

### *La penitencia dentro de la historia de la salvación.*

Indudablemente con toda urgencia habría que intentar explicar al hombre moderno el sentido del sacramento de la penitencia. Este sacramento se experimenta profundamente como una gestión muy individualista, sin repercusión en las grandes necesidades actuales. ¿Qué es lo que ese “signo” tan poco llamativo, tan secreto, tiene que ver con la paz en el mundo, con el diálogo de las culturas, con el racismo internacional, con la violencia, con las diferentes formas de revolución y las luchas por la liberación que desgarran a la humanidad?

Si la respuesta se hace esperar o si es inadecuada, podemos temer que el menosprecio que padece el sacramento de la penitencia se haga cada vez más profundo. Con esto significamos la importancia de la Exhortación *Reconciliatio et poenitentia* en el umbral del tercer milenio en que se interna el mundo.

### *Una catequesis indispensable.*

Me parece que a lo largo de la conversación de dirección que precede a la confesión, podrían dedicarse útilmente algunos momentos para mostrar el alcance del sacramento, que se sitúa como en el centro de la historia de la salvación y determina su desarrollo futuro. Estimo que tal instrucción es indispensable, tanto más cuanto que ha faltado al respecto una catequesis a los más jóvenes, y que, en los adultos, ha faltado tanto la práctica de la penitencia como una formación sólida.

¿Me atreveré a decir que en la materia los sacerdotes son los primeros que deben ser catequizados? Pero también los seminaristas que se preparan para el sacerdocio, así como todas las personas “consagradas”, religiosos y religiosas. ¿Puedo lanzar un llamado especial a los contemplativos y contemplativas? Dentro de la Iglesia sus institutos continúan teniendo una vocación eminentemente profética. Sus miembros deben estar especialmente bien preparados para vivir la recepción del sacramento de la penitencia en todas sus dimensiones místicas para ser, en el corazón de la Iglesia, la presencia ardiente del amor redentor, en el signo que este amor ha elegido para manifestarse al mundo. El resplandor de esta luz, de este foco, es bastante potente como para que en su misteriosa presencia sea desenmascarado el Príncipe de las tinieblas y revelado el rostro del amor.

Aunque todos los problemas citados más arriba son urgentes; aunque merecen que les dediquemos toda nuestra existencia, no proporcionaremos ninguna solución si no comenzamos por el comienzo. Ese comienzo es Jesús que viene a un mundo desgarrado, violentado, que incluso estalla, para introducir en él lo que el Papa llama la primera reconciliación: "El carisma y, al mismo tiempo, la originalidad de la Iglesia en lo que a la reconciliación se refiere, en cualquier nivel que haya de actuarse, residen en el hecho de que ella apela siempre a aquella reconciliación fontal. En efecto, en virtud de su misión esencial, la Iglesia siente el deber de llegar hasta las raíces de la laceración primigenia del pecado, para lograr su curación y restablecer, por así decirlo, una reconciliación también primigenia que sea principio eficaz de toda verdadera reconciliación" (RP 4).

Mientras no se dé en alguna parte el signo de la venida de Jesús, el mundo permanece terriblemente frustrado. Desde el origen, se prometió un redentor al hombre. El sacramento de la penitencia cumple —hasta el fin de los tiempos— esa promesa. Sin embargo, para discernir su signo, hay que tener los ojos iluminados de la fe, la mirada de un contemplativo. El lugar privilegiado donde se realiza el descubrimiento es el corazón humano. Ese corazón debe darse, entregarse al amor misericordioso, que, a partir de ese abismo de miseria, se derramará sobre ese otro abismo, el de una tierra devastada, tan inhumana a veces que toda reconciliación parece imposible. Pero, para el amor nada es imposible.

*En la óptica de Juan Bautista.*

Juan Bautista preparó, percibió, celebró, esta venida de Jesús. Me agrada situar la recepción del sacramento de la penitencia en la óptica de Juan Bautista; de buena gana arriesgaría esta fórmula: ese sacramento "recapitula" el bautismo de Jesús.

Veamos más de cerca lo que hace Juan Bautista. Por medio de la "celebración" que inaugura de un bautismo de penitencia, Juan Bautista recapitula de alguna manera, en un rito audaz, toda la historia de la salvación y esboza su cumplimiento. Reúne un gran número de personas. Según las palabras del evangelista, Jerusalén, toda Judea, toda la región del Jordán (Mt 3,5), se apretuján en las riberas del río. Inmensas multitudes, como para una escena del juicio final. Buenos y malos, publicanos, mujeres de mala vida, incluso los fariseos —los que se dicen justos— están allí. Se proclama la reconciliación con el estilo de los profetas. Se trata de que en adelante se repartan mejor los bienes que se poseen, se compartan con los que no tienen. Los soldados se abstendrán de toda exacción y se contentarán con su soldada. Habrá que trabajar en la edificación de un mundo más justo. Con todo, lo que se denuncia más profundamente, más radicalmente, es el pecado. Hay que arrepentirse. El Reino está próximo. Se debe abrir un camino al Dios que viene. Juan Bautista denuncia la presencia del pecado, que consiste esencialmente en la infidelidad al Dios de la alianza. Esta infidelidad está íntimamente relacionada con la justicia respecto del prójimo; se manifiesta por la falta de unidad,

por la desintegración del pueblo de Dios, la fragmentación de las familias. Juan Bautista hará volver el corazón de los padres hacia sus hijos y el corazón de los hijos hacia sus padres, (Mt 3, 23-24; Si 48;10; Lc 1;17), el pueblo hacia Dios. Esta reconciliación se hace visible por medio de toda una actividad de penitencia. Los que no se resuelven a realizarla quedan como fuera de la salvación. Jesús lo declarará más tarde: "En verdad os digo que los publicanos y las ramerías llegan antes que vosotros al Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros por camino de justicia, y no creísteis en él, mientras que los publicanos y las ramerías creyeron en él. Y vosotros, ni viéndolo, os arrepentisteis después, para creer en él". (Mt 21,32). Lucas dice aproximadamente lo mismo: *Todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los legistas, al no aceptar el bautismo de él, frustraron el plan de Dios sobre ellos.* (Lc 7,29-30). Ese plan de Dios es la reconciliación. Juan Bautista pronuncia además la sentencia: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?" (Mt 3,7). Se ha efectuado un discernimiento entre los que consienten en reconocerse pecadores y los que se niegan a semejante confesión.

#### *El contexto de la venida de Jesús.*

Este es pues el contexto de la venida de Jesús. Un gran movimiento de liberación se perfila en el fondo de toda la historia de la salvación: no estamos lejos del pasaje en que el pueblo, después de haber errado durante cuarenta años por el desierto, penetra en la tierra prometida. Allí ingresa de nuevo, como pueblo reconciliado, pueblo de hermanos y de hermanas, por ser la ruta real, el camino mismo de Dios, quien marcha invisiblemente en medio de ellos. Pero nadie sabe todavía que Jesús está allí y que realiza definitivamente, superándolo, el signo elaborado por Juan. Sí, realiza toda justicia, tanto con respecto al Padre como con respecto a los hombres, solidario con Dios, solidario con los hombres. Es en El y por El como se opera toda reconciliación. El es nuestra reconciliación. Por eso el cielo se abre finalmente sobre la humanidad: el Padre habla, el Hijo y todo hombre en El, se saben amados con el mismo amor, el Espíritu descendiendo como paloma de paz sobre un mundo que el diluvio no aniquilará jamás.

Jesús, a partir del bautismo, es reconocido como el único libertador. No hay ningún otro. Cuando se trate de reemplazar a Judas, hará falta que el nuevo apóstol haya seguido a Jesús *a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado* (Hch 1,22). La buena noticia del Evangelio no es nada más que la proclamación, a tiempo y a destiempo, de Jesús, el único salvador y redentor, a partir de la solidaridad que contrajo con los pecadores en las aguas del Jordán, donde recibió el nombre de Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo. No hay otra salvación, para el hombre individual, para el mundo en su totalidad, sino en Jesús, sino por Jesús y para Jesús. Soñar con una reconciliación, con una paz, con un desarme, con una fraternidad, sin referencia a Jesús, es construir una nueva (¡y cuántas!) torre de Babel: "Afanados en la construcción de lo que debería ser a la vez símbolo y centro de unidad, aquellos hombres vienen a encontrarse más dispersos que antes, confundidos en el lenguaje, divididos entre sí, e incapaces de ponerse de acuerdo" (RP 13).

### *La celebración sacramental.*

Las celebraciones penitenciales organizadas siguiendo la segunda forma ordinaria, con toda la comunidad cristiana reunida, manifiestan maravillosamente bien cómo Jesús asume la redención del pueblo en su totalidad. Ofrecen una manera excelente de catequesis donde percibimos la dimensión universal de la salvación, donde nos convertimos en actores de la historia de la salvación con y en Jesús, con la Iglesia y en ella. No obstante, en esta segunda fórmula como en la primera, lo que hace la esencia del sacramento, es tanto la confesión individual como la absolución y la "penitencia" recibidas personalmente. El signo más grande del amor sigue siendo que en medio del pueblo, Jesús se identifica con cada uno de nosotros y nos toma personalmente "aparte", como manifestación de un amor preferencial. Es allí, en lo secreto, donde se opera nuestra curación. Una vez restablecidos en la alianza, una vez perdonados, reconfortados, consolados, nos vuelve a enviar en medio del pueblo de Dios para mezclarnos en él una vez más y constantemente, para anunciar el amor, para trabajar sin descanso en la obra de la reconciliación, de la justicia y de la paz en el mundo, en memoria o más bien, en la lógica misma de la misericordia íntimamente experimentada, en la dinámica y la orientación del signo percibido dentro del sacramento como misión universal.

### *La fuerza que nos mueve.*

Hay allí una fuerza completamente distinta de la que brota de la indignación frente a los desórdenes del mundo. Sin duda este último resorte es necesario. Se trata una vez más y constantemente, porque somos cristianos, de saber superar su movimiento. Hay que luchar, decía un brasilero, con un corazón reconciliado. Taizé retomó esa expresión.

Si, en el bautismo de Juan y en cada una de nuestras confesiones, Jesús se identifica con los pecadores, nosotros tenemos que recorrer el mismo camino. También nosotros nos identificaremos con los pecadores, sobre todo si pertenecemos a una familia religiosa contemplativa: esa será la primera forma de nuestra opción preferencial por los pobres. En efecto, el pecador es el pobre por excelencia. A veces nuestras confesiones casi podrían reducirse a esta identificación: no somos mejores que el resto del mundo.

Por la puerta estrecha de nuestros labios —cuando nos confesamos— Jesús comienza y vuelve a comenzar otra vez y constantemente su vida pública, el anuncio del Evangelio. Al confesarnos, liberamos sobre el mundo de hoy, todas las fuerzas del Espíritu de Jesús resucitado. Del más profundo misterio y del secreto de nuestras confesiones brota como una fuente de agua viva. Jesús nos lleva consigo, en el mundo, según las diversas posibilidades o carismas de nuestras vocaciones particulares. Con Él, vamos sin temor a anunciar la buena noticia y a vivirla en nuestras familias, en nuestras comunidades, o hasta el extremo del mundo, si estamos llama-



dos a la vida misionera. Poco importa. Los cielos están ampliamente abiertos. El Padre habla. El Hijo se sabe amado. La paz desciende sobre todos.

Sin embargo, vemos, al leer atentamente al Evangelio, que Jesús no pasó inmediatamente del Jordán a su vida pública. Se produjo un hecho sorprendente. El Espíritu comenzó por llevar a Jesús al desierto. Estará allí durante cuarenta días: el tiempo en que es reparada la ofensa que el pueblo hizo a Dios durante su estancia de cuarenta años en el desierto. Jesús en el desierto se entrega a Dios, en una alegría total y en un abandono perfecto. Es al término de ese retiro cuando sobreviene la tentación, por lo menos según san Mateo (4,1-3).

### *El sentido de la "penitencia".*

En la "penitencia" que se da en el sacramento de la reconciliación, me gusta ver un tiempo más o menos prolongado de acción de gracias, bajo la dependencia del Espíritu. Tiempo de alegría perfecta que a menudo está acompañado de un verdadero bienestar corporal, a veces también de una curación. "Reflexionando sobre la función de este sacramento, la conciencia de la Iglesia descubre en él... un carácter terapéutico o medicinal. Y esto se relaciona con el hecho de que es frecuente en el Evangelio la presentación de Cristo como médico, mientras su obra redentora es llamada a menudo, desde la antigüedad cristiana, 'medicina salutis'. 'Yo quiero curar, no acusar', decía san Agustín refiriéndose a la práctica de la pastoral penitencial, y es gracias a la medicina de la confesión que la experiencia del pecado no degenera en desesperación" (RP 31, II). La "penitencia" debería acentuar ese carácter de "convalecencia" o recuperación de la plena salud espiritual, pero también, como decía, corporal.

Sólo después de un tiempo de transición —aprovechado por la "penitencia"— el pecador perdonado verá desarrollarse en él la potencia renovadora de la resurrección, potencia de vida que finalmente logrará vencer todas las fuerzas de muerte, los *Dominadores de este mundo tenebroso* (Ef 6,12). Se sentirá impulsado a comprometerse con aquellos y aquellas que han vivido las mismas experiencias de perdón. En el seno de la Iglesia, ocurre entonces cada vez como un surgimiento de nuevas comunidades, nacidas todas de la misericordia, verdaderas comunidades de base, células vivas de la parroquia, que manifiestan en este mundo la comunión de los santos, con la presencia operante y transformante de Jesús en medio de ella. A través de esas innumerables comunidades de creyentes, mezcladas como una poderosa levadura en la masa del mundo, se esboza poco a poco desde ahora la figura de una humanidad reconciliada, dispuesta a acoger a Cristo "cuando venga a juzgar a vivos y a muertos", con plena confianza, y no con la vergüenza de encontrarse lejos de él en su advenimiento (cfr. 1 Jn 2,28).

### Conclusión

Es necesario de todos modos que la práctica de la penitencia sacramental se renueve a partir de una mística auténtica y profunda. La razón profunda del generalizado desafecto respecto de la penitencia bien podría ser la negativa a confe-

sarse pecador. Por supuesto, semejante confesión no es fácil. Es hasta imposible para quien no tiene fe. Lo que llamamos "mística" del sacramento de la penitencia podría reducirse a una simple mirada que no ve, á fin de cuentas, más que a Jesús solo, el Cordero que lleva los pecados del mundo para presentarlos al Padre. Esa mirada se fija en Jesús, pero en Jesús junta a todos los pecadores... y al pecador que soy yo. Esa mirada me arrastra siguiendo a Jesús, siguiendo a los pecadores —es la misma ruta— siguiendo la voz del Esposo y la de los pecadores perdonados —es la misma voz—: "*Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra...*" (Ct 2,10-12).

*Traducción del francés por*

*María Isabel Guiroy, osb – Monasterio Gaudium Mariae*

*Minderbroedersstraat 11  
B-3000 Lovaina, Bélgica:*

Jean-Pierre VAN SCHOOTE, sj

